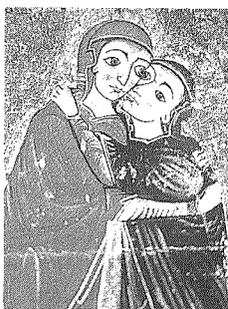


Ciencia y Arte: ¿la reflexión inconclusa?



Helena Iriarte*

"La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser".

Werner Jaeger

Para que no sea estéril el intento de buscar una forma más humana, profunda y verdadera de la educación, que tienda al desarrollo armónico de la juventud, es necesario asumir una actitud permeable al cambio, que conciba el conocimiento como una totalidad y que reemplace los viejos moldes que lo han sectorizado, por un orden más coherente, y flexible.

Pasó el tiempo de las concepciones rígidas, heredadas de un cientifismo tan ineficaz como las estructuras cerradas y estáticas, cuyos canales de comunicación no existían o habían sido

obstruidos. Se hace necesario eliminar lo que impida el libre y enriquecedor intercambio de interrogantes, métodos y posibles respuestas, para que la mente y el espíritu puedan transitar libremente por el universo del saber, de la belleza y la verdad.

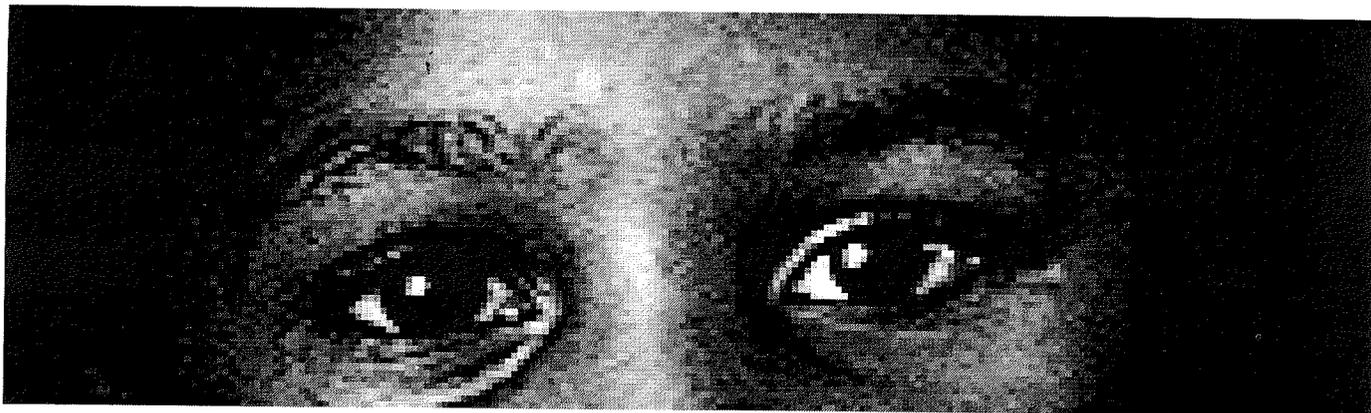
"Sin duda, lo que se ha perdido es la confianza en la racionalidad finalista, delimitadora y jerarquizante. La posmodernidad quiere desenmascarar las búsquedas de la razón como voluntad de poderío, quiere volver a unir lo que ella ha separado (por ejemplo,

*ciencia y arte, inteligencia y sensualidad) y eliminar sus diferencias valorativas. Pero no se trata solamente de oposición al pasado inmediato sino a una época que abarca todo el ámbito donde ha actuado esa racionalidad que ya no satisface."*¹

Si realmente existe la disposición para el cambio hay que olvidar, ante todo,

*Pontificia Universidad Javeriana. Departamento de Sociología. Docente Programa de Currículo Integrado

¹Rosa Helena Santos-Ihlau. *Acerca de Borges y la Posmodernidad*. En: Ideas y Valores, Universidad Nacional, diciembre 1989.



la separación que desde tiempo atrás se impuso entre las artes y las ciencias, entre las ciencias humanas y las sociales, porque tales ordenaciones son contingentes y se modifican según las escuelas, tendencias o ideologías de cada época determinada. Por ejemplo, a mediados del siglo XIV en Italia, el Humanismo Renacentista que fue ante todo un programa cultural y educativo, contemplaba como estudios humanísticos un grupo bien definido de disciplinas: Gramática, Retórica, Historia, Poesía y Filosofía moral. Los estudios humanísticos excluían la Lógica, la Filosofía natural, la Metafísica, las Matemáticas, la Astronomía, la Medicina, las Leyes y la Teología. Pero, fundamentalmente, porque en el terreno del conocimiento y en la forma de acceder a él se debe eliminar lo que genere conceptos fragmentados que en lugar de ampliar el horizonte del saber lo limiten y que por el intento vano de mantener una especie de liderazgo que pregona con arrogancia la supuesta "verdad única", menosprecie lo que otras disciplinas pueden aportar.

En este punto de la reflexión se manifiesta la gran importancia y significación de las ideas de Albert Einstein, no sólo porque fueron planteadas por uno de los sabios más grandes del siglo XX, sino por el valor objetivo y la lucidez de los pensamientos que expresó. A lo largo de su vida se preocupó y tuvo un

interés constante por la educación, porque se impartiera de una manera integral, que fuera para el joven fuente de placer, de belleza, de conocimiento y de los ideales éticos que luego debería poner al servicio de la humanidad. Una educación cuya finalidad no fuera utilitaria ni aislara las ciencias de las artes. En 1952 escribía:

"No basta con enseñar a un hombre una especialidad. Aunque esto pueda convertirlo en una especie de máquina útil, no tendrá una personalidad armoniosamente desarrollada. Es esencial que el estudiante adquiera una comprensión de los valores y una profunda afinidad hacia ellos. Debe adquirir un vigoroso sentimiento de lo bello y de lo moralmente bueno. (...) Debe aprender a comprender las motivaciones de los seres humanos, sus ilusiones y sus sufrimientos, para lograr una relación adecuada con su prójimo y con la comunidad.

... La insistencia exagerada en el sistema competitivo y la especialización prematura cuya base es la utilidad inmediata, matan el espíritu en que se basa toda vida cultural, incluido el conocimiento especializado".²

En principio, se hace necesario un análisis crítico respecto de la forma como ha sido planteado hasta ahora el

problema del conocimiento, de los métodos utilizados para acceder a él y de los fines que se le han propuesto a la juventud que intentamos guiar como maestros y educadores.

Lo cierto es que la fragmentación ha desvirtuado una realidad total que no está dividida; que los métodos rígidos y establecidos en forma apriorística limitan a los jóvenes y les impiden penetrar al maravilloso mundo de un conocimiento que, a fines del presente milenio, ya no está encasillado entre gavetas aisladas y rotuladas, sino que cada vez con mayor fuerza tiende a integrarse dentro de contextos culturales más amplios.

Por lo tanto hay que eliminar las anacrónicas discusiones acerca de cuáles son ciencias humanas o sociales, cuál el límite entre la creación y los ensayos acerca de ésta, qué es más válido, ciencia o arte, filosofía, matemáticas o música —que para los griegos estuvieron íntimamente unidas—, cuáles explican "verdaderamente" al hombre y su cultura. Sólo entonces podremos buscar caminos, porque lo cierto es que, de continuar rigiéndonos por concepciones fragmentadas, la universidad se verá abocada a trabajar en los campos estrechos de la especialización que poco aportan a la formación integral del ser humano.

Todos los aspectos, manifestaciones y etapas de la cultura son igualmente

²Albert Einstein. *Sobre la teoría de la relatividad*. Ed. Sarpe, Madrid 1983, pg. 253.

valiosos y significativos dentro de la historia del hombre y de las sociedades: la pintura, como la filosofía, la catedral románica como la música barroca; la teoría de la relatividad, la física cuántica o el poema tienen igual trascendencia y tan vital es conocer, comprender e interpretar la historia de la Revolución Francesa, como los comportamientos del hombre del segundo milenio a. de C. o los de las tribus de la Amazonia actual.

Tan valiosas son las tablillas donde los Sumerios o los Micénicos consignaron su historia, como el calendario de los Mayas o los últimos avances de la informática; cada una de estas manifestaciones permite lecturas diversas de civilizaciones y etapas de la humanidad que se enlazan como los eslabones de una gran cadena. Y también hay que aprender a ver la relación indudable que hay entre las diversas expresiones de un mismo período y aceptar, que tan válidas y trascendentales son las explicaciones míticas de la creación del universo, como las que ha dado la ciencia.

Sólo esa amplitud de criterios le dará al estudiante la posibilidad de mirar con interés y respeto otros aspectos del conocimiento, de transformar la porción de mundo que le corresponde y de servir cabalmente a la sociedad como un ser más tolerante y responsable. Por lo tanto hay que ir en busca de una educación que tienda a formar hombres y

mujeres moralmente mejores, que puedan generar una ética del comportamiento acorde con el mundo que se debe construir sobre bases más sólidas; que comprendan que hay una dignidad en el ejercicio de su profesión, en los comportamientos de su vida privada y pública, y que tienen un compromiso ineludible con la historia, a través de lo que han recibido y del legado que tendrán que dejar a las generaciones futuras.

«... es de la mayor importancia el anhelo de lucha en pro de una estructuración ético-moral de nuestra vida comunitaria. En ese punto no hay ciencia que pueda salvarnos. Creo realmente que el excesivo hincapié en lo puramente intelectual (que suele dirigirse sólo hacia la eficacia y hacia lo práctico) de nuestra educación, ha llevado al debilitamiento de los valores éticos.»³

Es interesante ver cómo el niño está siendo introducido en el mundo del conocimiento. Quedaron abolidas las barreras y el pequeño, maravillado, se sumerge en las posibilidades infinitas que le deja ver la realidad. Allí, a través de la observación de la espiga de maíz (en tiempos pasados correspondía únicamente a la botánica) llega a la historia de los pueblos precolombinos cuya base alimenticia era el maíz (antes, historia y nada más); pero irremediamente

³Ibid. pg. 241

hay que mirar en qué regiones se cultiva el maíz y entonces, de manera natural se pregunta por las condiciones de los suelos y los climas, por los lugares del país y de América donde se cultiva (antes, esto era privativo de la geografía). De ahí se pasa sin solución de continuidad a la vida de los pueblos indígenas actuales (etnografía) a problemas del campo, (sociología); a la biodiversidad, a la responsabilidad que tenemos frente a nuestro habitat y a la naturaleza en su totalidad (ecología) y se puede llevar al niño a que lea los poemas y los cuentos que se han escrito alrededor del maíz y a remontarse a las leyendas y a los mitos que explican los orígenes y le muestran sus raíces.

En la enseñanza secundaria, desgraciadamente esto se modifica y el joven ingresa a un conocimiento sectorizado, situación que al pasar a la universidad se agudiza y repercute en la propia valoración de la realidad, de la cultura, de sí mismo y de quienes lo rodean o lo han precedido. El estudiante de matemáticas, de ingeniería, de economía, más tarde profesional, mira con desdén a quien estudia música, literatura o filosofía y éste, a su vez, también lo menosprecia. Y cada uno es tan arrogante, que irrespetea lo otro porque lo ignora, porque no quiere mirar más allá de los límites ficticios donde supone que está encerrada su especialidad, porque le enseñaron que no había comunicación entre los

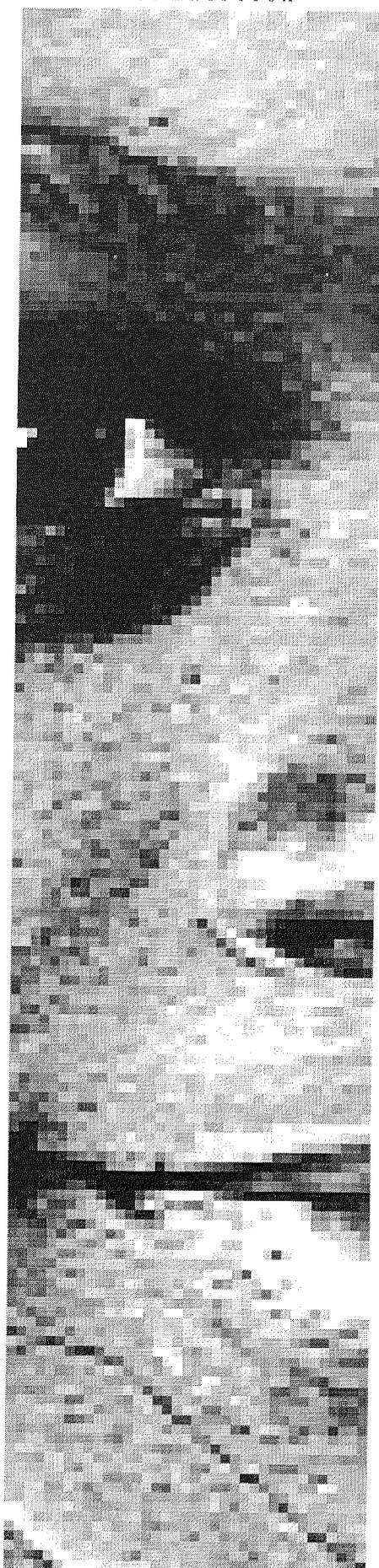


diversos campos y que sólo era seria, respetable y válida la pequeña porción de conocimiento elegida por él.

De ahí, en parte, la profunda indiferencia y la incomprensión que frente a la problemática actual tiene el estudiante. Al desconocer lo que directa o indirectamente ha originado la situación presente, en la cual vive con angustia y desconcierto, sin estar preparado para entender la interacción de los diversos aspectos de la realidad que están actuando y modificándose sin cesar, se aísla y adopta actitudes de cinismo e indiferencia, individuales, inconexas y muchas veces desesperadas, que jamás podrán desembocar en la acción constructiva que debe transformar el mundo donde le ha correspondido vivir.

Y no solamente evade las responsabilidades que le exige su ser histórico y social, sino que niega los valores del espíritu. Lo único que considera digno de atención, de trabajo y de desvelos es aquello que pueda transformarse en beneficios materiales. Y para lograrlos saltará por encima de normas y principios y desconocerá la solidaridad hacia sus semejantes.

“La plenitud en los aspectos morales y estéticos es un objetivo muy próximo a las preocupaciones del arte más que a las de la ciencia. Es importante, por supuesto, la comprensión de nuestros semejantes. Pero esta comprensión sólo resulta fecunda cuando la sustenta un sentimiento cordial y fraterno en la alegría y en la aflicción. El cultivo de esta importantísima fuente de acción moral es lo que queda de la religión cuando ésta se ha purificado de los elementos supersticiosos. En este sentido, la religión constituye una parte importante de la educación, en la que recibe una escasísima consideración, y no suficientemente sistemática.”



El dilema aterrador que plantea la situación política mundial está estrechamente relacionado con este pecado de omisión que nuestra civilización comete. Sin una “cultura ética” no hay salvación para la humanidad”⁴

Entonces, debemos preguntarnos ¿por qué, y con base en qué reducido criterio se aísla al estudiante que ha elegido la técnica o las ciencias, de aquellas disciplinas centradas en los problemas del hombre? ¿Por qué se reprime y no se desarrolla su capacidad crítica y se le mutila la sensibilidad? ¿En nombre de qué se le conduce al prejuicio que lo priva de acercarse al placer de las artes, de la comprensión de su propia lengua como máxima expresión de su ser individual y social, del alimento espiritual que le dará sentido a su vida? Y ¿cómo hablar de identidad si se aparta al joven de la cultura que debe sostener y alimentar sus raíces? Porque si las desconoce, con qué herramientas podrá luchar por unos ideales que le den sentido y significación a su quehacer profesional y que sean la base sin la cual todo saber es vano?

Por fortuna, la dinámica del conocimiento exige cada vez con más urgencia una comunicación interdisciplinaria. Hay muchos campos, en los que es indispensable, para el logro de un descubrimiento, para el éxito de la investigación, de la creación de una nueva técnica, o del trabajo mismo, el aporte de diversas disciplinas. ¿Cómo se podría abordar, por ejemplo, un estudio urbanístico dejando de lado la arquitectura? ¿Y cómo investigar en el campo del mito, desde una perspectiva única y excluyente? Para realizar esta tarea con seriedad, es necesario un trabajo de equipo en el cual colaboren mitólogos, historiadores de las religiones, filósofos, historiadores,

⁴Ibid. pg. 241

psicoanalistas, antropólogos, arqueólogos, lingüistas, filólogos, poetas, historiadores de la literatura y del arte.

Y ¿cómo avanzar en la ordenación e interpretación de nuestra propia historia, si se excluyen de su estudio la sociología, la Antropología, la literatura y las artes? Si aceptamos que en todo el proceso de novelar se encuentra en alguna medida la historia y que muchas veces la literatura ha dado noticia de acontecimientos que la historia oficial ha ocultado o mostrado en forma lateral, por determinados intereses ideológicos o políticos, entonces, ¿cómo aislarlas? ¿Dónde están los límites que separan la leyenda y la poesía de la historia?

“Muchas veces se ha dicho que la vida es un extraño novelista. La historia es precisamente el restablecimiento de esos hechos que crea la vida. De ahí su fertilidad como materia literaria.

El registro permanente de la historia es justamente el de los hechos notorios e importantes sobre los cuales puede cimentarse una interpretación social, política, económica; muchos de esos hechos, mirados con ojos diferentes, revestirán caracteres sorprendentes, en los cuales un día se apoyarán nuevos conceptos de la vida. El escritor, como el historiador, tiene una aspiración sustantiva: ser un enlace entre el pasado y el futuro. Paralelamente, sus derroteros marchan como marchan hacia el mismo destino la historia y la leyenda, y entonces nace el mito, que expresa en toda su grandeza la fuerza de un pueblo, su carácter erguido, las metas de su destino.”⁵

Aceptemos pues la responsabilidad y el compromiso, porque en las manos, la inteligencia y la sensibilidad de los educadores está la hermosa tarea de

comenzar a abrir nuevos caminos más claros y más amplios, para que la juventud no se pierda en laberintos sin sentido y sin salida en los cuales todos nos podemos extraviar.



⁵Pedro Gómez Valderrama. *La leyenda es la poesía de la historia*. Academia Nacional de Historia. Caracas, 1988, pg. 160.